

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

LOS HIJOS DE
LOS HIJOS

EDUARDO
HENRÍQUEZ



EDICIÓN 2023

LOS DEL
QUINTO PISO

N | **25**

Publicación DiGiTal

DIDASCALIA

DRAMATURGIA

El Texto incluido en esta edición fue escrito en 2023 en el Programa de formación en escritura dramática DIDASCALIA. Es propiedad intelectual de Eduardo Henríquez. Para montaje, representación o lectura pública comunicarse con el autor: eduardoh.henriquez@gmail.com

Eduardo Henríquez



Nacido en San Salvador a finales de los años ochenta. Desde temprana edad encuentra cierta vocación por las letras participando en eventos de declamación y oratoria. El poemario *Jícaras Tristes* de Alfredo Espino fue el primer libro que llegó a sus manos, y que sin duda provocó en él más inquietudes literarias. En su adolescencia se mantuvo alejado de la literatura, pero surgió su fascinación por la música estridente y ruidosa. A los 25 años, mientras se dedica a la docencia técnica en ingeniería, se reencuentra con la literatura y es este reencuentro el

que lo lleva al teatro, formando parte del grupo La Huella del Venado, donde experimenta con la actuación, y luego, como encargo de su director, comienza a escribir breves ejercicios "dramáticos", con lo que descubre la dramaturgia.

DRAMATURGIA
DIDASCALIA
Publicación DiGiTal

LOS HIJOS DE LOS HIJOS

EDUARDO HENRÍQUEZ

Personajes:

Larsen

Leach Magnus

Francis

Kramer

Spencer

Terry

Thomas

Smoke

Félix Magnus

Flores

Antonio Magnus

Cadena Nacional

Se escucha una transmisión de radio con ruido. Una voz distorsionada y por ratos interrumpida, pero comprensible, que proviene de algún lugar lejano, pero que, aun así, logra resonar en el lugar.

Voz: Hay hombres cuyos dientes... sus... cuchillos para devorar... la tierra... la muerte... la traición... comenzar una vida... rabia... recuerdenlo... hay que dejarlo... la sangre... arrebatada... uno solo, uno solo... patria... ciudadanos... nos honrarán sin juzgarnos... libres... libertad... de sangre... libertad que alcanzarán los hijos... los hijos... los hijos... hijos.

La voz desaparece. La transmisión es solo ruido que poco a poco desaparece.

1822

Es de noche. Hace frío. Un barco deteriorado por el combate y el tiempo. Las velas, desgastadas también, yacen inmóviles amarradas a los mástiles. Una neblina densa cubre a dos hombres sobre la cubierta superior.

Leach: Y el cocinero, ¿sigue con nosotros?

Kramer: *(Frotándose las manos).* Si usted le da el gusto de vengarse, no cambiará de parecer.

Leach: ¿Y usted?

Kramer: ¿Yo qué?

Leach: ¿Seguimos contando con usted?

Kramer: Sigo creyendo que es una acción arriesgada, pero no veo otras opciones.

Leach: No sería tan arriesgado si lográramos convencer a Francis.

Kramer: *(Exhala)*. Él quiere hacer las cosas a su manera.

Pausa.

Kramer: Me están esperando, ¿algo más? *(El hombre se dispone a marcharse)*.

Leach: Doctor.

Kramer: ¿Diga?

Leach: ¿Y si le dijera que todo esto es inútil?

Francis y Terry están reunidos en un rincón del segundo puente del barco. Hay cañones frente a las portas¹, las cuales están parcialmente abiertas, solamente una está totalmente abierta, por medio de la cual Francis mira a la lejanía con un catalejo. Sobre una mesa, en el rincón, una vela ilumina el lugar, una botella de ron a la mitad y dos vasos. Terry sentado alrededor de la mesa limpia un arma de fuego.

Francis: Hoy la luz está más cerca.

Pausa.

¹ Cada una de las aberturas, a modo de ventanas, situadas en los costados y en la popa de los buques, para darles luz y ventilación, para efectuar su carga y descarga y, principalmente, para colocar la artillería.

Francis: ¿También quedaron atrapados?

Terry lo mira de reojo.

Francis: Quizás hay hombres tirando del barco. Lo que tuvimos que haber hecho el primer día para arrastrar esta mierda.

Pausa.

Francis: ¿Crees que sepan de nosotros?

Francis sigue observando con el catalejo. Llega Kramer, se sienta alrededor de la mesa y observa que hay dos vasos en ella.

Kramer: Acabo de arrojar a los últimos dos. *(Sirve ron en los dos vasos).*

Francis: ¿De los nuestros?

Kramer: No. *(Bebe de un vaso de un solo trago).* De la mercancía. Ya no sé si caen al agua o encima de los otros cuerpos.

Francis: Y de los nuestros, ¿cuántos quedan?

Kramer: Dos.

Kramer se dispone a servirse un trago en el vaso vacío. Hace un gesto con el vaso lleno.

Kramer: ¿Quién me acompaña?

Francis: Sírvase lo que quiera.

Kramer: Terry, ¿me dejará embriagarme a mí solo esta noche? *(Ríe).* Sé que no es aficionado a estos vicios, pero sabe, quizás sea el primer y último trago que compartamos.

Terry niega con la cabeza. Kramer sirve el trago. Francis deja de mirar a través del catalejo.

Kramer: *(A Francis).* ¿Quiénes cree que sean? ¿Compañeros o enemigos?

Francis: Los dueños de este barco.

Kramer: ¿Tan rápido nos han encontrado? *(Bebe un sorbo).*

Silencio.

Francis: Por alguna razón tienen prisa, por eso hay que ponerle fin a esta situación esta noche. ¿Ha pensado en la propuesta que le ofrecimos?

Kramer y Terry se miran a los ojos.

Kramer: ¿Han cambiado las condiciones del trato? *(Mira el vaso sobrante en la mesa).*

Francis: No tendrá más ganancias, parte de la mercancía está flotando y pudriéndose en el mar. De la parte del viejo, un treinta por ciento.

Kramer: Eso lo tengo claro. Me refiero a que si seguimos siendo solo nosotros. Es que me parece extraño que nadie sospeche. El viejo es muy cauteloso. ¿Cómo sabemos que no ha dispuesto a algún hombre para vigilarnos?

Francis: Con pocos hombres es fácil adivinar quién está a favor o en contra.

Francis se sienta a la mesa y bebe el trago del otro vaso. Kramer bebe de un solo trago lo que queda en su vaso y se pone de pie, se dirige a la porta entreabierta para orinar.

Kramer: Siempre hay algo que nos delata.

Terry recarga con pólvora y munición el arma de fuego.

Kramer: Pero usted y yo podríamos, bueno, entre nosotros, hablar con sinceridad para que no se repitan estas incertidumbres.

Kramer deja de orinar. Mira por la porta. Regresa a la mesa.

Kramer: ¿Spencer está de acuerdo con usted y con todo esto?

Francis: Coincidimos... en algunas cosas.

Kramer: Entonces, ¿por qué no se encarga él del viejo? Sería más fácil si él llega a la recámara de Larsen y le mete un tiro en la cabeza. Yo ni siquiera podría jalar del gatillo, mis métodos son otros.

Francis irrumpe poniéndose de pie.

Francis: *(Amenazante).* Usted se había comprometido a hacerse cargo del viejo mientras nosotros preparábamos la huida. Sabe muy bien que la muerte del viejo no debe causar problemas, por eso tiene que despacharlo de una forma discreta.

Kramer: *(Dispuesto a servirse otro trago).* ¡Claro! ¡Y que la tripulación cuelgue al doctor por traición!

Francis: *(Tirando la mesa con violencia).* ¡Ya no tiene tiempo para estar dudando!

Kramer se echa para atrás. Terry permanece inmutable.

Kramer: Usted no... está...

Francis: ¡Obedezca!

Kramer: Aunque sea una mierda para gobernar, aún debemos obediencia al capitán.

Francis: ¡Pero soy yo el que gobierna los cañones y apunta! ¡Soy yo el que mantiene a salvo este barco de mierda!

Kramer: ¡Usted...!

Francis: Antes de que Larsen dé la orden, yo ya he calculado hacia dónde disparar. ¡Soy yo el que hunde a los enemigos! ¡Soy yo el que decide dónde y a quién disparar! Mi mano es defensa, mi mano es castigo. ¡Mi mano es justicia!

Kramer se pone de pie.

Kramer: Y su justicia... ¿cree que es mejor que la del capitán?

Francis tira de un golpe a Kramer al suelo. Francis se dispone a darle otro golpe, pero Terry dispara al aire por la porta.

Silencio.

Kramer: ¿Y si le dijera... que todo esto... es inútil?

Francis: El único inútil es usted.

Kramer: ¿Y si no hay nada?... Se imagina... nada de valor... en este barco.

Francis: ¡Borracho de mierda!

Kramer: Ni una joya... ni una pieza de oro... ni una puta piedra... nada.

Francis: Mejor guarde silencio, antes de que decida despacharlo a usted primero.

Kramer: Quiere tripular un barco muerto... un barco muerto con una tripulación muerta... estamos condenados.

Francis le da patadas a Kramer. Lo levanta del suelo.

Francis: ¿Cree usted que he aguantado hambre estos días por ni mierda?!

Kramer: ¡No hay ni mierda, señor Francis, ni mierda!

Francis tira de nuevo al suelo a Kramer. Terry detiene a Francis.

Francis: ¡Déjese de mierdas!

Kramer: Una bodega... vacía... solo un montón de negros... moribundos... que ya ni siquiera podemos vender... porque se murieron... todos.

Francis: (A Terry). ¡Dispárale!

Kramer: Solo somos un señuelo... una excusa de la Reina... señor Francis...

Francis: ¡Hay que hacer que se calle este cabrón! (Arrebata el arma a Terry y tira del gatillo, pero el arma no dispara).

Kramer: ¡Larsen... nos ha engañado!

Una pequeña isla no muy lejos del barco. Thomas, agitado, arroja arena con una pala a un hoyo que hay en la arena. Smoke, sentado sobre un baúl de

madera, bebe y se mantiene vigilando. Sobre la arena un candelabro que ilumina a los hombres.

Smoke: ¿Qué pretende ese hijo de puta? ¿Cree que es fácil remar a ciegas?

Thomas: No es cosa del capitán, es una orden de Leach.

Smoke: ¿Qué pasa con el viejo? ¿Por qué permite que ese pendejo nos dé órdenes?

Thomas: No te quejes, es el único que nos ha tratado con decencia.

Smoke: *(Señalando la botella).* ¿Crees que esto es decente? Nos han dado lo peor. He visto lo que beben. Se han guardado lo mejor para ellos. *(Escupe).*

Thomas: Si no fuera por él, estaríamos muertos.

Smoke: Tarde o temprano todos... estaremos muertos.

Thomas: ¡Mierda! *(Se detiene).*

Smoke: ¿Ya está?

Thomas: Me arden las manos.

Smoke: No puedo ayudarte. Tengo que remar de regreso. *(Sigue bebiendo).*

Thomas: Pero ya no llevaremos mucho peso, te será más fácil remar.

Smoke: Estoy vigilando y este frío es terrible. ¿Crees que se den cuenta si llegara a faltar algo?

Thomas: Leach nos colgaría enseguida. *(Sigue tirando arena al hoyo).*

Smoke: Si el viejo se entera en qué estamos involucrados, también nos colgará. ¿Cómo es que no sospecha de esa sanguijuela? Desde la primera vez que lo vi dudé de él. Nosotros tampoco deberíamos fiarnos de ese cabrón.

Thomas: Solo nosotros sabemos de esto. No vayas a decir nada a los demás. Entre menos seamos será más para repartir.

Smoke: ¡Debimos haber escapado con todo el botín!

Thomas: ¿Escapar? ¿Hacia dónde?

Smoke: No tengo ni puta idea.

Thomas: Tú y yo no sabemos cómo guiar un barco lleno de salvajes. Prefiero obedecer a Leach antes que seguir las órdenes de ese pirómano. *(Acomoda la arena que ha estado arrojando al hoyo y clava una estaca)*. ¡Ya está! Esta será la marca. ¿Sabes cómo comenzó la rivalidad entre Larsen y Francis?

Smoke: Siempre cuentas la misma historia cuando tienes hambre. ¿No robaste nada de comer?

Thomas: *(Señalando el baúl)*. Quítate, hay que llenarlo con piedras... Los quemaron a todos, no quedó nadie vivo. Francis los encerró a todos en la iglesia y le prendió fuego sin el permiso de Larsen.

Entre los dos buscan piedras para llenar el baúl.

Thomas: Lo que Francis no sabía es que adentro de la iglesia las personas habían escondido todo el oro del pueblo. Los españoles vieron el fuego desde lejos, Larsen no podía esperar a que el fuego se consumiera, así que huyeron sin nada. Larsen quería matar a Francis esa noche, pero es difícil conseguir un artillero experimentado.

Smoke: ¿Fue la misma noche en que colgaron a su capitán?

Thomas: No lo sé, yo no estaba allí.

Smoke: Entonces, ¿cómo sabes esas cosas?

Thomas: El cocinero al parecer vio todo. Dios mío, pobre hombre, ha visto cosas terribles, se nota que está cansado de todo esto. No le importaría que lo colgaran con tal de vengarse. Demasiada sangre, demasiada, vuelve locos a los hombres.

Smoke: ¿El cocinero quiere matar a alguien?

Thomas: ¡El cocinero nos quiere matar a todos! Pero Leach, Leach no lo dejará.

Smoke: ¡No se puede confiar en nadie en ese puto barco!

Thomas: “La sanguijuela tiene dos hijas que dicen: ¡Dame! ¡Dame!”

Smoke: ¿De qué hablas, Thom?

Thomas: “Hay hombres cuyos dientes son espadas, y sus muelas cuchillos, para devorar a los pobres de la tierra”... He escuchado al cocinero murmurar esas palabras. ¿O al señor Leach?

Smoke: ¡Ya suficiente!

Cesan de llenar el baúl.

Thomas: Creo que es un proverbio... vamos, hay que arrastrarlo.

Arrastran el baúl.

Smoke: El cocinero no habla, es como el perro mudo de Francis.

Thomas: ¿No habla? No lo había notado.

Smoke: *(Se detiene).* ¿Estás inventando pendejadas otra vez?

Thomas: *(Sigue empujando).* El cocinero está preparando algo, lo huelo. Francis lo ha tratado muy mal desde siempre. Te lo digo, ese hombre está cansado. ¡Ah! Pero cuando lleguemos al Nuevo Mundo podremos ser otro tipo de hombres. Dejaremos de ser más que vulgares ladrones. Confío en que Leach cumplirá su parte, ¡quiero ser el amo de mis propios esclavos! ¿Tú no?

Smoke: No es mala idea.

En la lejanía se escucha un disparo.

Smoke: ¿Son ellos? ¿Ya están aquí?

Thomas: ¡Rápido! ¡Tenemos que irnos!

Smoke: ¿Thom? ¿Thom? ¿Nos descubrieron?

Habitación de Larsen. Una habitación modesta del barco. Larsen bebe y escribe una carta. Leach está asomado por una ventanilla.

Larsen: Pelear les hace bien, no creo que se maten entre ellos. Déjelos.

Leach: Pero rodeados de todo este silencio, un disparo nos puede delatar.

Larsen: Beba un poco, quien sea que esté allá afuera no puede hacernos daño.

Leach: ¿Por qué no disparan?

Larsen: Nos necesitan vivos.

Leach: ¿Entonces el tratado es un hecho?

Larsen: Por el momento, nuestro negocio ha llegado a su fin.

Leach: La paz nunca será rentable, hay que atacarlos para que ataquen, puede que en medio del tratado una guerra sea nuestra nueva empresa.

Larsen: No sabemos dónde están. También se esconden. Además, solo tenemos municiones para atacar, pero no para defendernos.

Leach: Esto no terminará bien para nadie. *(Camina nervioso de un lado a otro).*

Larsen: *(Haciendo una pausa en su escritura, sin levantar la cabeza).* Me conformo con que todo esto termine. Sin la patente firmada por la Reina, nuestro oficio nos convierte en criminales ante Inglaterra y ante cualquier monarquía.

Leach: Capitán, pero por lo menos salvemos este negocio. ¡Que se joda la puta Reina! Esta tarde he hablado con el doctor y en total, de los ciento cuarenta y dos esclavos que encontramos, se han muerto... todos. Pero eso es bueno, muy bueno, ¿sabe por qué? Porque este barco es propiedad del sindicato, ¿eso le dice algo?

Larsen: *(Retoma la escritura).* No podemos robar para siempre, es hora de saldar nuestras cuentas.

Leach: *(Haciendo cálculos en el aire).* Ciento cuarenta y dos esclavos y treinta piezas por cabeza... ¡cuatro mil doscientos...! ¡Cuatro mil doscientos sesenta piezas! ¡Bendito Dios que estos negros que aun muertos valen algo!

Larsen hace otra pausa en su escritura y levanta la cabeza.

Larsen: ¿Usted nunca piensa en la muerte que nos espera por nuestros pecados?

Leach: Pienso en que aún podemos sacar provecho de la muerte de esos hombres mientras evitamos la nuestra. Yo podría negociar con el sindicato y usted hablar con la Reina para llegar a otro arreglo. Ser perdonados pero quedarnos sin nada no es aceptable. Si no se tuviera que repartir las ganancias entre tantos hombres, podríamos ofrendar una parte a la Corona para mostrar nuestra gratitud.

Larsen: Yo soy el responsable de estos hombres, tengo que salvarlos a todos.

Leach: Hay demasiada compasión en su autoridad, capitán. No olvide que usted ha ofendido a esos hombres al haber ocultado el pacto que tiene con la Reina y cada hombre ofendido es un enemigo.

Larsen: No puedo satisfacerlos a todos de la manera que ellos desean. Es inevitable que no estén de acuerdo con algunas de mis decisiones.

Leach: Pero esta decisión la ha tomado solamente usted, capitán. Si antes de aceptar el trato de la Reina hubiera consultado con toda la tripulación... cuando se enteren que hemos robado un barco sin nada de valor más que un montón de negros moribundos, bueno, no sé qué podría pasar, yo solo le he servido como intermediario entre lo que se sabe y lo que no se sabe entre los hombres.

Larsen: Por el momento solo están mi nombre y el suyo. ¿Sugiere usted que deje algunos nombres afuera de la solicitud?

Leach: No soy quién para decirle cuáles nombres colocar y cuáles no, pero ¿no cree que dejar afuera a los hombres más descontentos podría hacer que la excusa de la Reina sea más congruente?

Larsen: Y así usted y yo aún podríamos seguir siendo útiles para ella. A propósito, ¿está bien escrito su nombre? Leach, Leach Magnus...

Larsen entrega la carta. Tocan a la puerta. Leach detiene su andar.

Larsen: Que su conciencia esté tranquila, Leach, es la mía la que se agobia. Pase lo que pase, obedezca y no se resista. Sin su mediación, esta catástrofe sería peor. Un viejo como yo ya no soporta ciertas calamidades... a veces es mejor ceder.

Leach se dirige a la puerta. Abre. Entra Spencer.

Spencer: Capitán... los hombres están esperando.

Larsen: ¿Han empeorado las cosas?

Spencer: Solo queremos lo que nos corresponde. Porque hay un botín para repartir, ¿verdad?

Larsen: Señor Spencer, este barco es nuestro, de todos.

Spencer: Pero un barco no es algo que se pueda repartir entre varios hombres, un botín, sí.

Larsen: Por supuesto.

Spencer: Capitán, por favor, entonces ayúdeme a aclarar las cosas. Los hombres andan con la cantaleta de que usted ha escondido o ha robado la mercancía que robamos entre todos. De hecho, Francis asegura que debajo de este barco no hay nada.

Spencer desenvaina una espada.

Larsen: Creo que no hay nada que aclarar, al parecer el señor Francis es el que da ahora las órdenes.

Bodega del barco. Toda la tripulación se encuentra en el lugar frente a un baúl lleno de piedras. Kramer está en el suelo, inconsciente. Spencer custodia a Leach, Thomas arrastra el cuerpo de Larsen que yace sin vida.

Francis: Sin viento y los hombres con hambre, es mejor poner fin a las cosas de otra forma.

Leach: ¿Y qué pasaría si su suposición es errada y ha cometido un crimen solo por capricho?

Francis: ¿Es capricho mío la mentira de Larsen? Mire lo que está frente a usted, un montón de mierda que no tiene valor.

Leach: Puede que no haya botín para repartir, pero el capitán nos dejó algo más valioso. *(Saca la carta).*

Francis: ¿Qué hay más valioso para un hombre que la riqueza?

Leach: *(A todos).* Ese hombre sin vida que llevan a rastras ofreció su cabeza a la Reina a cambio de perdón. La muerte del capitán nos redime de todas nuestras faltas ante la Corona.

Francis: Trabajamos para la Reina, ¿qué es lo que nos tiene que perdonar?

Leach: Así como la Reina da la orden para robar, puede dar la orden para que nos ejecuten. No siempre robaremos, tarde o temprano se tendrá que formalizar este negocio. Podemos aceptar el perdón, y luego buscamos la forma de reanudar este negocio.

Entra Thomas, agitado.

Smoke: ¿Algo así como un partido político? Ya tenemos una bandera. Solo cambiamos el color y hacemos unos ajustes a los huesos y al cráneo...

Thomas: ¡Y seremos dueños de nuestros propios esclavos!

Leach: ¡Somos unos buitres de mar! ¡Merecemos más que la horca! Pero las cosas pueden ser diferentes.

Spencer: Y si accedemos, ¿quién nos dará el oro que se nos prometió? ¿Usted? ¿La Reina?

Francis: ¡Basta de mierdas! ¿En serio creen las cosas que habla este traidor? Si hemos saqueado y atracado barcos enemigos ha sido por esa puta Reina. ¿Por qué no les dice la verdad? En esa carta no están nuestros nombres, solo está el nombre de él. Nuestros nombres no aparecen porque el viejo ya sospechaba de nosotros. No me sorprendería que él haya dado la orden de traernos a este

lugar, él ya sabía que vendrían por nosotros, pero necesitaban una excusa para atacarnos. Y bueno, la excusa creo que ya está de sobra.

Leach: ¿Cree que tenemos posibilidades de escapar?

Francis: *(Riendo)*. No hay ningún tratado, ni un perdón que nos salve. Larsen nos engañó a todos. Robamos este barco por capricho, como ha sido siempre. Solo que ahora nos iremos con las manos vacías... Terry, prepara los cañones. Thomas, ayude al señor Terry, Smoke...

Leach: ¿Por qué no deja que sus hombres elijan?

Francis: Ya lo decidí, ya lo decidieron. Esto no es una puta democracia, esto es astucia, señor Leach, astucia, somos sanguijuelas, buitres, como usted nos acaba de llamar. *(A todos)*. Hay que hacer un recuento de los alimentos que nos quedan y las municiones. Todavía tenemos una posibilidad de escapar.

Thomas: Yo... yo... ¡Estoy cansado de escapar!

Smoke: ¡Yo también!

Francis: *(Desenvaina la espada)*. ¿En serio quieren elegir? Tienen dos opciones: obedecen mis órdenes y salimos de esta situación, o acompañan a Larsen y a esos negros que sirven de alimento para los tiburones.

Terry empuña su arma y apunta a Francis.

Francis: ¿Tú también, cocinero?

El cuerpo sin vida de Spencer se mece con una soga al cuello en un extremo del palo de trinquete. En el palo mayor está amarrado Francis, esperando a ser ejecutado por Terry.

Leach: Hay hombres cuyos dientes son espadas, y sus muelas cuchillos, para devorar a los pobres de la tierra... Con la muerte de Spencer hemos purgado de este barco la traición. Terry, el nuevo contramaestre, tiene asuntos pendientes con el señor Francis. No puede un hombre comenzar una vida nueva si lleva rabia en su corazón, recuérdelo. Hay que dejarlo, que se cobre la sangre que le fue arrebatada. Este barco es uno solo, uno solo somos nosotros, una patria de heroicos ladrones. Nuestros hijos, nuestros nietos, nos honrarán sin juzgarnos, porque todo esto ha sido para ser hombres libres. Nuestra libertad estará manchada de sangre, pero no la libertad que alcanzaran los hijos de los hijos de nuestros hijos.

En la lejanía, se escuchan disparos de cañón. Los hombres gritan: ¡Libertad! El viento sopla nuevamente, las velas se extienden. Balas de cañón caen en la cubierta destruyéndolo todo. Los hombres se mantienen de pie, no se inmutan, siguen gritando. El barco se destruye, el ruido de los estallidos poco a poco desaparece.

Cadena Nacional

Se escucha una transmisión de radio con ruido. Una voz distorsionada y con menos interrupciones, pero comprensible, que proviene de algún lugar lejano, pero que, aun así, logra resonar en el lugar. Un himno acompaña a la voz.

Voz: Hay hombres cuyos dientes son espadas y sus muelas... para devorar a los pobres... con la muerte de nuestros enemigos hemos purgado... la traición... No puede... comenzar una vida si lleva rabia... recuérdelo. Hay que dejarlo, que se cobre la sangre... Este país es uno solo... una patria de heroicos... Nuestros hijos... nos honrarán sin juzgarnos... porque todo esto... para ser hombres libres. Nuestra libertad... manchada de sangre... que alcanzarán los hijos de los hijos... los hijos de los hijos...

La voz desaparece, pero aún se escucha el himno. La transmisión poco a poco desaparece.

1922

Félix, vestido de traje, está sentado alrededor de una mesa. Habla por teléfono. Otro hombre, de espaldas, le acompaña y tiene a su lado un maletín color café de cuero. El hombre del maletín fuma.

Félix: ¿Y el coronel sigue entusiasmado con la idea?

Pausa.

Félix: ¿Y usted está dispuesto a darle ese empujón que necesita?

Pausa.

Félix: El embajador ha sido claro. Sacamos a uno y ponemos al otro. Claro, claro, entiendo, la idea es sacarlos a los dos, pero hay que sacarlos uno por uno.

El hombre del maletín tose. Pausa.

Félix: ¡Hombre! Porque Flores es más fácil de manejar. Los otros hijos de puta pueden resultar peores que Carbajal. No hay que arriesgarnos. La idea es desarmar lo antes posible esta mierda. ¿Me entiende? *(Tapando el teléfono y dirigiéndose al hombre del maletín). It's fine, mister?*

El hombre del maletín asiente con la cabeza y bebe un trago.

Félix: Hágalo que firme... trate de convencerlo... usted inspira confianza, por eso lo hemos puesto como ministro... y él más que nadie confía en usted. Una vez firmado el acuerdo tenemos la justificación para sacarlos a los dos.

Pausa.

Félix: Yo me encargo de Flores, ese no es problema.

El hombre del maletín le pasa un documento.

Félix: Sí... sí... *(Hojea el documento)*. No se preocupe, todos los nombres están fuera de la lista, el suyo y el mío. Estos cabrones solo quieren a esos dos. *(Tapa el teléfono y se dirige al hombre del maletín)*. Sorry, mister, sorry.

Pausa.

Félix: Sí, siempre lo acordado. Dígale que el financiamiento de la campaña correrá por nuestra cuenta.

Pausa.

Félix: Mañana el doctor volverá a ser el comandante general de la Fuerza Armada, señor ministro. *(Ríe)*. Proceda lo más rápido posible, ya esta situación no nos conviene, necesitamos tener a Tomasino otra vez al mando. Aviseme cuando el coronel haya firmado, yo estoy aquí arreglando unas cosas con el embajador, en un rato me reuniré con el teniente. Quedo pendiente. *(Corta la llamada)*.

Félix se pone de pie. El hombre del maletín arrastra la maleta por el escritorio hacia Félix. Félix toma el maletín. Los hombres se dan la mano.

Una oficina muy cómoda. A un costado, un escritorio. Sobre el escritorio, un documento. En el fondo de la oficina cuelga una copia del cuadro "El barco de esclavos" de J. M. W. Turner. Félix, vestido de traje. Flores, vestido con uniforme militar. Ambos de pie frente al cuadro beben un trago.

Flores: ¿Y cómo logró escapar el señor Magnus sin ningún rasguño en medio del bombardeo?

Félix: Fue el primero en escuchar los disparos. En medio de la trifulca corrió al puente de los cañones. Tres disparos al barco enemigo. Pero el enemigo tenía una clara ventaja de hombres y armas, al final no quedo más alternativa que escapar.

Flores: Fue un hombre muy valiente.

Félix: Y eso no es nada. Dicen que antes de escapar del barco, bajó a la bodega y liberó a los hombres que llevaban como esclavos. Nunca fue partidario de la esclavitud, siempre llevó en la sangre ese espíritu libertador. Los salvó a todos. Logró huir con algunos y logró llegar aquí, a estas tierras.

Flores: ¿Y qué oficio tenía?

Félix: No lo tengo claro, ese cuento ha pasado entre muchas generaciones que a veces dudo de su credibilidad. Lo que sí sé es que mi familia ha trabajado arduamente estas tierras desde que llegaron. No puede negar que buena parte de la economía de este país descansa en lo que se cultiva en nuestras tierras. Por eso quiero que entienda por qué es importante comenzar a... cómo decirle... a bajarle un poco a todo este jueguito de soldados... Dígame, ¿a quién atacamos y de quién nos defendemos? (*Toma asiento*). Desplegar soldados en todo el país e inventarse enemigos para encerrarlos, no sé, siento que en cualquier momento pueden venir por mí, y quién sabe, hasta por usted.

Félix se sienta en el escritorio. Flores sigue de pie.

Flores: No sé, creo que tiene razón... el poder se le ha salido de las manos al teniente.

Félix: Demasiado, la verdad. Y el problema es que no solo nos afecta a nosotros, allá afuera esto no es bien visto. Pone en peligro el negocio con los extranjeros. Y si no han intervenido es porque yo he hablado con ellos... siempre que intervienen las cosas salen pésimas.

Flores: ¿No le parece muy arriesgado a estas alturas (*carraspea*), otro golpe?

Félix: Arriesgado es dejar que ese pendejo loco siga al mando, está empeorando las cosas. Y no es otro golpe, es recuperar el control. “Cuidate de aquellos hombres cuyos dientes son espadas y sus muelas cuchillos que solo sirven para devorar”, decía mi abuelo. Y como ve, ¡Carbajal se está devorando todo!

Flores: El coronel no ha tomado las mejores decisiones, tiene razón, pero no veo el motivo para entregarlo de esa manera.

Félix: No lo estamos entregando ni destituyendo, lo estamos sustituyendo. Esas decisiones que él toma con los pies usted las podría tomar de forma más razonable, ¿no cree?

Flores toma asiento.

Flores: ¿Usted cree?

Félix: Sí, teniente. Usted tiene otra forma de ver las cosas. Ellos necesitan a alguien con una visión como la de ellos.

Flores: ¿En serio?

Félix: Están dispuestos a perdonarlo y darle el cargo de Carbajal, pero primero tiene que ayudarnos.

Flores: ¿Puedo saber de qué lo acusan? Todo lo que ha hecho ha sido en legítima defensa del Estado.

Félix: Los muertos, los torturados, los fusilados, todo eso lo toleran, pero lo que no soportan es que no atendamos las órdenes que dan. Con eso que Carbajal comenzó a acusarlos abiertamente en televisión, se pasó de la raya. Uno a esos cabrones tiene que obedecerles hasta la mínima mierda.

Flores: ¿O sea que no van a enjuiciarlo?

Félix: No, hombre, no, solo lo quieren quitar del cargo. Ya no lo toleran, es todo. Ellos necesitan una ruta libre para comerciar con los del sur. Podemos sacar provecho de ese negocio.

Flores: Lo entregamos y ahí termina todo, pero ¿qué pasará con las acusaciones que me hacen a mí?

Félix: Si les damos al coronel pueden acceder a cualquier petición que les hagamos.

Flores: ¿Y los derechos humanos y todas esas mierdas?

Félix: ¡Para eso está Carbajal, teniente! Lo necesitamos para echarle toda la mierda encima. El coronel públicamente se ha hecho cargo de algunas cosas, y bendito Dios sin acusar a nadie, pero necesitamos un documento que nos respalde por cualquier cosa, algún testigo que haya estado cercano a él en las ejecuciones y esas mierdas. ¿Me entiende?

Félix arrastra un documento sobre el escritorio hacia Flores. Flores lee el documento.

Félix: Aquí todos somos sanguijuelas, unos bebemos más sangre que otros, pero necesitamos sacrificar a la sanguijuela más gorda, a la que nos deja sin nada.

Pausa.

Flores: Son acusaciones muy graves.

Félix: Pero de todo esto usted no hizo nada, solo vio y escuchó rumores.

Flores: Señor Magnus, si no dije nada fue porque...

Félix: No se preocupe, todos saben que el coronel ya... pobre hombre, ha visto cosas terribles, se nota que está cansado de todo esto. Demasiada sangre, demasiada, vuelve locos a los hombres.

Flores: ¿Qué va a pasar después de todo esto?

Félix: Usted no se preocupe, primero hay que firmar este acuerdo. ¿Tiene pluma? *(Busca en su saco).*

Flores toma la foto del escritorio de Félix. Es una foto de Flores con su esposa y un hombre cargando a un niño de meses.

Flores: ¿Este niño es su hijo, Salvador?

Félix: En el día que se bautizó.

Flores: Y ese hombre que está cargando a su hijo es... ¿Tomasino?

Félix: Es él. Fue el padrino de Salvador.

Flores: Se ve muy joven el doctorcito. ¿Se ha comunicado con él? ¿Le ha dicho si sigue extrañando este país de mierda que nos ha tocado remendar?

Félix: Después del golpe perdí toda comunicación con el doctor. Así lo ordenó Carbajal. Pero cualquier día de estos viene por acá a darnos la mano el doctorcito exiliado. *(Encuentra la pluma).*

Flores: Y Salvador... ¿cuántos años tiene ya?

Félix: Hace dos meses cumplió dieciséis. Ya es todo un hombrecito. Le apuesto a que podría manejar mejor el país que Carbajal. Un día lo verá usted, los Magnus gobernando este país, la democracia reinventada por Salvador Magnus, hijo del gran Félix Magnus. *(Entrega a Flores la pluma).*

Flores: *(Pensativo)*. Su apellido está echando muchas raíces en este país...
(Mientras firma). Poco a poco este país será más suyo que nuestro.

Félix: Será de los hijos de mis hijos... de nuestros hijos.

2022

La transmisión de radio se escucha otra vez, pero ahora es un himno acompañado de aplausos. Es la voz del presidente, Antonio Magnus, es clara y se escucha en todo el lugar.

Antonio Magnus: Hay hombres cuyos dientes son espadas, y sus muelas cuchillos, para devorar a los pobres de la tierra, pero con la muerte de nuestros enemigos hemos purgado de este país la traición. No puede un ciudadano honrado comenzar una vida nueva si lleva rabia en su corazón, recuérdenlo. Hay que dejarlo, que se cobre la sangre que le fue arrebatada. Este país es uno solo, uno solo somos nosotros, una patria de heroicos ciudadanos. Nuestros hijos, nuestros nietos, nos honrarán sin juzgarnos, porque todo esto ha sido para ser hombres y mujeres libres. Como decía mi padre, Salvador Magnus: “Nuestra libertad estará manchada de sangre, pero no la libertad que alcanzarán los hijos de los hijos de los hijos de los hijos de nuestros hijos”.

Los hijos de los hijos

Eduardo Henríquez, 2024

Primera edición (Digital)

Los Del Quinto Piso Editores

San Salvador, El Salvador, 2024

América Central

Edición: Jorgelina Cerritos

Revisión de texto: Adela Jenny

Diagramación: Víctor Candray

Publicación digital: <https://www.jorgelinacerritos.com/>



17 años de Teatro